



COLUMNISTA INVITADO



juan carlos
kreimer

Datos del autor: Editor, escritor, periodista pionero de la cultura rock. Fundador y ex director de la revista Uno Mismo. Editor de la serie Para Principiantes (www.praprincipiantes.com). Autor entre otros libros de *Bici Zen - Ciclismo urbano como camino*, de Editorial Planeta. Acaba de reeditar su manual *Cómo lo escribo*. Contacto: kreimer@fibertel.com.ar

Un espacio para escribir

“Debes tener un cuarto, o una cierta hora o rato del día, donde no sepas lo que dicen los periódicos de la mañana, ni quiénes son tus amigos, ni qué debes ni qué te deben. Es un lugar donde simplemente puedes expresar y sacar a la luz lo que eres y lo que podrías ser. El lugar de la incubación creativa. Al principio puede parecerte que ahí no sucede nada, pero si tienes un lugar sagrado y lo usas, con el tiempo algo sucederá.”

--Joseph Campbell

Para practicar un deporte nos reservamos un espacio de tiempo (tal día, de tal hora a tal otra) y durante ese lapso no nos entregamos a ninguna otra actividad ni preocupación. Nos preparamos anímicamente, nos vestimos con la ropa apropiada, vamos a un lugar específico. Cuando llega el momento, corremos, nadamos o jugamos el partido.

La práctica de escribir también requiere un cuándo, un dónde y una predisposición anímica.

Crear que sólo podemos escribir cuando nos sorprende la inspiración es una restricción de nuestras posibilidades. Algunas ideas, y las relaciones entre éstas, pueden llegar a nuestra mente en cualquier momento, pero sólo podemos desarrollarlas de manera ordenada en un lapso de tiempo mayor, especialmente abierto para ese fin. Más aún: es probable que en el momento de escribir, al asentar esas ideas sobre el papel, ya fuera del pensamiento, dejen lugar para que aparezcan otras que subyacen y las continúan.

Abrir un espacio entre otras actividades, concedernos un lapso de tiempo en un ámbito que nos resulte grato y eficaz, facilita

que se abra adentro de nosotros un espacio para escribir. Si le destinamos una hora fija en nuestra agenda personal, y la respetamos sin superponerle otras tareas, cada vez que se nos ocurra alguna idea la vincularemos con ese espacio abierto y no la dejaremos escapar. Muchos escritores las apuntan desordenadamente en papelitos que después vuelcan a cuadernos de notas. Cuando se disponen a escribir, esos cuadernos suelen estar abiertos junto a la hoja en blanco.

ENTRAR EN CLIMA

Algunos necesitan merodear un rato antes de sentarse a escribir. Tomarse un tiempo para entrar en la realidad del tema. Si compartes esa necesidad, trata de tomarte períodos de trabajo largos, que incluyan cierto “precalentamiento” para entrar en clima y tiempo posterior a haber escrito el tramo previsto.

De todos modos, uno también escribe cuando está haciendo otra cosa que no requiere toda su atención. Mientras viaja en ómnibus, mientras mastica fideos y mira la tele, bajo la ducha, e incluso mientras duerme y hasta durante el acto sexual. Juan Ramón Jiménez, el célebre autor de Platero y yo, tenía lápices y papelitos por toda la casa. “Siempre que tomes nota de una idea, anota para qué parte la vislumbrás”, sugería Albert Camus, premio Nobel. Bashevis Singer, también Nobel, recomendaba que, si al anotar esa ráfaga no puedes detenerte, bueno, no te detengas. Hasta que la “locura por atrapar todo” se domestica, uno puede permitirse esos impulsos.

EL MOMENTO DE LA INSPIRACIÓN

Entre que una idea desconocida se presenta en el plano de la conciencia (o varias existentes se combinan de manera novedosa) y el momento de la realización (cuando

abrimos un espacio de tiempo para desarrollarlas), hay otro momento tanto o más creativo: la incubación. Se trata de un proceso similar al ingreso de una semilla en la tierra. No observamos qué pasa con la idea en el interior de nuestro cerebro pero, a medida que pasan los días, la idea se vincula con el medio, echa conexiones, se alimenta a través de éstas, crece y, cuando ve la luz, ya tiene cuerpo. Después de este período, las ideas nos piden un espacio físico y un tiempo apropiado para que las ayudemos a desarrollarse por escrito.

Si eres de los que tienden a posponer el momento de la acción, entonces sí conviene ponerse plazos y tomar el escribir como un trabajo a contrarreloj, con fecha límite. Puede parecer un método prusiano, pero funciona y vale la pena probarlo. Ponerse metas realistas. Fijarse plazos de entrega. La autodisciplina es la esencia del trabajo de todo escritor. Los periodistas, por ejemplo, tenemos la fecha de cierre, el deadline: si no entregamos, el diario o la revista sale... pero sin nuestro texto. Eso nos permite tener siempre los pies en la tierra e incluir la dimensión tiempo en la producción de ese texto. No nos podemos permitir hacer más de lo que tenemos a nuestra disposición. No podemos ambicionar escribir con “todo el tiempo del mundo”, como Proust.

Esta última propuesta no crea la ilusión de que al comprimirnos la entrega lograremos arrancar: directamente nos hace escribir. Y lo importante: empieza a desarticular los bloqueos y familiariza con “la libertad expresiva”, un recurso con infinitas vertientes, clave para todo el que escribe.

* El presente texto es extracto del libro *Cómo lo escribo - Una guía para escribir*, editar y publicar. 5ª reedición actualizada, de Pluma y Papel.